destia de que estaba siempre acompañada: y, por último, en todos los ministerios de difinidora á que se le veia asistir siempre con tanto desembarazo, como si no hubiese tenido que ocuparse en otra cosa. Se necesitaba sin duda de un esfuerzo nada vulgar, y de un espíritu superior, como el que lograba nuestra religiosa, para desempeñar, como lo hizo, tan diferentes ejercicios de la vida activa; sin que su corazon se disipase en las cosas de afuera. Persuadida de esta verdad oraba continuamente á Dios, para que los oficios de Marta no le embarazasen los de María.

CAPITULO VI.

Elígenla maestra de novicias, vicaria de casa y portera mayor.

Como de la buena ó mala vida depende ordinariamente la eterna felicidad ó miseria, así podémos decir con proporcion, que la buena ó mala vida de una religiosa, depende regularmente del buen ó mal uso de aquel corto espacio de tiempo en que se prepara para abrazar la vida religiosa; porque todas las acciones de esta vida, corresponden por lo ordinario á aquel tiempo de preparacion; siendo cosa rara, á la verdad, que quien ha pasado como debe

el año de su noviciado, desmienta despues sus primeros pasos.

Nada hay por tanto mas considerable en un monasterio, como el empleo de gobernar y dirigir á las novicias; porque nada hay de que dependa tanto su salud eterna, como de su buena direccion, encomendada al caritativo cuidado de la que han elegido por maestra. Como ella puede sostenerlas por sus ejemplos y por su caridad, y puede tambien despeñarlas por su imprudencia: podemos considerar á las novicias, como unas jóvenes que andan por un camino estrecho, resbaladizo y rodeado todo de precipicios: si se les empuja imprudentemente, caerán por lo comun en los despeñaderos de que están rodeadas; y si por el contrario se las sostiene en los pasos, se preservarán de caer. De aquí es que, una caritativa maestra de novicias, debe llevar unas por la mano, y levantar prontamente á otras; sin que en ella se advierta cosa alguna que pueda servirlas de ocasion de caida; esto es, que todo lo que haya en ella, debe ser edificante y capaz de establecer á las almas en el camino de su vocacion.

Estas y otras muchas razones hacian temblar á *Sor María Josefa*, cuando la obediencia la destinó para maestra de novicias, por octubre del año de 1757, ocho meses despues de haber profesado. Bien la hacia conocer su humildad, que ella no era á propósito para ningun empleo, y mucho menos para el que re-

quiere tanto fondo de virtud, como era el que se le habia encomendado: pero tampoco ignoraba, que era abusar de estos principios de humildad cristiana, el deducir de ellos, que siendo incapaces por nosotros mismos para todo empleo y ministerio, no sabrá Dios hacernos capaces aplicándonos á ellos por su eleccion y vocacion; porque, de que nosotros seamos ineptos para todo, no se puede jamás inferir que Dios lo sea tambien; y si por nosotros nada podemos, Dios lo puede todo por medio de cualquiera instrumento que le agrade emplear en las obras de su servicio. Y, á la verdad, nada hay tan poderoso para nuestra salud eterna, como la proteccion y el socorro de Dios; estándo mas seguros en medio de los mayores peligros cuando Dios nos protege en ellos, que en los empleos menos arriesgados y mas tranquilos, cuando nos falta la proteccion del Altísimo. Nosotros tenémos, no hay duda, un gran fondo de corrupcion y miseria para perdernos en cualquiera estado; pero Dios tiene una inmensa fuerza y un infinito poder para sostenernos contra toda suerte de enemigos, y en todos los riesgos y tentaciones. Este sentimiento de fe y de verdad, hacia decir á *Sor María Josefa* con David: *El Señor es mi luz y mi salud, ¿á quién, pues, tengo yo que temer? El Señor protege mi vida, ¿pues qué cosa podrá espantarme?*

Con esta santa confianza en los eficaces ausilios de su divino Esposo, tomó sobre sí la

pesada carga del nuevo empleo á que la destinaba la obediencia; y no queriendo dar oido á otras voces que á las de esta santa virtud, se rindió á ella enteramente su humildad; no acobardándola sus cortos años, que eran solos veinte y uno; pareciéndola oir aquellas palabras con que reprendió Dios á Jeremias, cuando no queria aceptar el ministerio de profeta á que lo llamaba, escusándose con su corta edad y con que no sabia hablar: *No alegues*, le dijo Dios, *que eres jóven; porque es necesario que vayas á todas partes adonde me agradare enviarte.* Bien presto se reconoció que no se habia ella metido en un ministerio tan árduo; sino que Dios era quien la habia llamado para que se santificase cada dia mas, santificando á sus novicias. Habiéndola honrado Dios con asociarla al cuidado de sus hijas, se privaba con nuevo empeño por el bien de estas, de todas las vanas satisfacciones de los sentidos y del espíritu, contemplándolas como muy agenas de su nuevo empleo, y procurando solamente con una santa ánsia todo aquello que pudiera servir á sus novicias, para encaminarse con menos trabajo por las sendas de la perfeccion, atesorando por su parte muchas buenas obras que sirvieran á las que estaban encomendadas á su maternal cuidado.

Las faltas y defectos de estas, la hacian entrar en un espíritu de penitencia, prorumpiendo en santos gemidos; porque se creia obligada á satisfacer á Dios por ellas. Sus nece-

sidades la inspiraban un espíritu de oracion para pedir á Dios el remedio; supliendo con el fervor de sus súplicas, la tibieza é imperfeccion de las de sus hijas. Ejercitaba la caridad y la compasion en sus males espirituales y corporales; y persuadida á que estaba obligada á tener todas las virtudes que deseaba en ellas; el fin de darlas ejemplo, le servia de un continuo estímulo para su práctica. En una palabra, en el dilatado espacio de nueve años y seis meses que obtuvo este importantísimo empleo de maestra de novicias, fué una regla viva, edificando á toda la comunidad con los actos y ejercicios de las virtudes cristianas, y, principalmente, á aquellas nuevas plantas que cultivó con tantas lágrimas y fatigas, para que fructificasen despues á esmero de su cuidado, produciendo sazonados frutos de santas obras, como se ha visto con general edificacion de todo el monasterio, y de toda la villa de San Miguel.

Con no menor solicitud ejercitó el empleo de vicaria de casa, á que la destinó la obediencia el dia 19 de abril de 1766, y en que permaneció hasta su muerte; como tambien el de portera mayor que sirvió por tres años. No habia empleo, no habia ejercicio en que no viniera como nacida para él nuestra *María Josefa.* Miraba en todos la gloria de Dios, la santificacion propia y de sus hermanas, poniendo su principal cuidado en adelantar cada dia mas en la ciencia de los santos con la práctica de

las virtudes. Pero habiendo resplandecido tanto en el ejercicio de estas, razon será que tratémos de algunas en particular en los capítulos siguientes.

CAPITULO VII.

De la admirable fe de Sor María Josefa.

La fe, aquella virtud divina, aquel don precioso, sin el cual es imposible agradar á Dios, no se nos ha concedido para que creamos solamente la verdad de los misterios de nuestra santa religion, sino para que nos gobernémos segun esta verdad. Se nos ha dado para descubrirnos los objetos que debémos amar, y para que efectivamente los amémos; los que debémos aborrecer, para que en efecto los aborrezcámos.

Como la fe solo mira los bienes invisibles, la victoria de la fe consiste en la preferencia de estos verdaderos bienes, á los falsos, groseros y sensibles, objetos de nuestros sentidos; y en esta preferencia ha establecido Dios nuestra salud eterna. Es cierto que entre unos y otros bienes no hay proporcion alguna; porque no puede haberla entre lo falso y lo verdadero, entre los bienes eternos y los caducos, entre los inmensos é infinitos, y los que son frívolos, que vale mas pasarse sin ellos que el gozarlos; pero el ser los unos presen-

tes, visibles, y los otros invisibles y ausentes, hace tal impresion sobre el alma, que sin una fuerza sobre natural que dá la fe, y que no se consigue sin ella, no se prefiere jamás lo que es invisible á lo visible, lo ausente á lo presente, lo verdadero á lo falso. Esta fuerza de la fe obligó á *Sor María Josefa*, á dar de mano con un generoso desprecio á todas las riquezas y comodidades con que la lisongeaba el siglo; á renunciar los gustos y placeres con que la brindaba la concupiscencia; abandonando todo lo que el mundo estima; y posponiendo todos sus favores y bienes á los invisibles preparados por Dios para los que le siguieren por el camino estrecho que conduce á la vida eterna. La fe la hizo mirar los vestidos mas ricos y las joyas mas preciosas como basura, por tal de lograr á Cristo. No se adornaba de ellas sino por obediencia; y el dia en que recibió el sagrado hábito en la Santa Casa Lauretana, dió bien á conocer, que mas la servian de peso y de estorbo, que no de gusto y de placer; pues como si fueran cadenas que hasta entónces habian aprisionado su espíritu, y atormentado su cuerpo, las arrojó de sí como cosa vilísima, como tierra y basura; quedándo todos edificados de aquel generoso desprecio, de quien solo suspiraba por los verdaderos bienes, que son los celestiales y eternos.

La fe hacia que prorumpiese con mucha frecuencia en los actos mas sublimes de esta divina virtud, creyendo firmemente todo aquello que Dios nos ha querido revelar, y cuanto nos propone nuestra Santa Madre Iglesia: y como era una fe viva, se daba á conocer en todas sus operaciones; presentándose en el santo templo penetrada de los sentimientos de una fe respetuosa con que adoraba á Jesucristo nuestro Señor Sacramentado, visitándole por lo menos siete veces cada dia, con particularísima ternura y afecto; sin que ninguna otra ocupacion pudiese ser bastante á hacerla faltar á estas visitas de amor y de consuelo. Jamás habló en el coro, sino es que fuese alguna cosa muy precisa: estaba recogida toda en su interior, considerando la suprema Magestad y grandeza de su Esposo Sacramentado, representándole su fe á las Potestades, temblando delante del Sagrario: solia permanecer casi inmoble arrodillada por muchas horas, contemplando este inefable misterio en que derramó Dios las riquezas de su amor, á beneficio de los hombres.

El justo vive de la fe; y por eso nuestra religiosa vivia con esta vida del cielo. Así como la vida del alma consiste en sus acciones, conociendo por el entendimento, amando por la voluntad, y acordándose por la memoria; así el vivir de la fe, no es otra cosa que juzgar segun la fe, amar y desear, temer y aborrecer segun la fe, y ocupar la memoria de las cosas de la fe. Dios no nos ha dado esta virtud como un conocimiento estéril; sino como una luz que debe dirigir nuestro entendimien-

to, arreglar nuestra voluntad y nuestra memoria en todas las acciones de la vida. Para vivir, pues, de la fe, no debe haber operacion del entendimiento, de la memoria ó de la voluntad, que no sea arreglada y dirigida por la fe.

Por esto *Sor María Josefa*, se gobernaba en todas sus acciones por esta luz divina. Aun en aquellas mas menudas, se dirigia por esta regla. Si se levantaba de la cama, era por obedecer á Dios, que no concede el sueño, sino por la necesidad del cuerpo; y nos manda que despues de haber satisfecho esta necesidad, nos ocupémos en los ejercicios propios de nuestro estado. Si comia, era por obedecer á Dios, que quiere démos al cuerpo su sustento. Si alguna vez solia divertirse inocentemente en compañia de otras religiosas, era, ó por practicar consigo la virtud de la justicia, no agravando demasiado su espíritu; ó por ejercitar con las otras la caridad. De este modo se gobernaba en todas las demás acciones de su vida: no ya porque en todas hiciese espresamente estas ó semejantes reflecciones, que sin duda las haria muchas veces; sino porque habitualmente estaba su corazon dispuesto á hacerlas siempre, y porque efectivamente procedian de este principio. Como vivia con esta vida de la fe, se levantaba su espíritu sobre todas las cosas sensibles, y sin detenerse en lo transitorio, anhelaba solamente por lo eterno. Los movimientos de su corazon no miraban ya

sino al cielo, y nada á la tierra; no teniendo por objeto sino las cosas invisibles que esperámos; mostrando una especie de insensibilidad aun en los mayores contratiempos y adversidades.

Bien se conoció esto en la muerte del Conde de Casa de Loja, á quien amó siempre con tanta ternura como si hubiera sido su verdadero padre. Estaba en el coro rezando maitines, cuando oyó el sonido de las campanas, que avisaban para que los fieles lo encomendasen á Dios en sus postreras agonías; pero insensible á tan funesta noticia, siguió rezando en el mismo tono y compostura que antes; sin que el cuerpo manifestáse la mas mínima mutacion en su espíritu. Murió en el mismo dia, y por la noche pasaron el cadáver á la iglesia de las religiosas, para que allí estuviese depositado hasta que se hiciesen sus funerales. Fué al coro á las nueve de la noche *Sor María Josefa*, á velar el cadáver, y permaneció de rodillas en la misma postura hasta las cinco de la mañana, en que fué á rezar prima con la comunidad; sin que se le advirtiese la menor mutacion, ni en el semblante, ni en la conversacion, ni en los demás ministerios de su cargo. La misma serenidad observó en la muerte de su hermana Doña Joaquina, esposa de D. Diego de la Madrid, Oidor que es hoy de la real Audiencia de México.

Como no vivia sino de la fe, y esta la enseñaba á venerar en todos los acontecimien-

tos, prósperos ó adversos, la mano poderosa del Señor, reprimiendo los sentimientos todos de la naturaleza, estuvo velando el cadáver de ésta hermana, que siempre estimó mucho por las raras prendas y circunstancias con que la dotó el cielo, hasta que la obediencia la mandó retirar. Sabia muy bien que si en todos tiempos debémos vivir de la fe, mucho mas en el de las adversidades y tribulaciones, que es cuando con mayor eficacia hemos de procurar el socorro de esta virtud, que es el del mismo Dios. No aspiraba á las esterioridades, porque su vida era la de la fe; y así hablando una vez á sus novicias sobre revelaciones, visiones y raptos, las dijo estas palabras: *Le pido á Dios no me deje yo llevar por esterioridades, sino que obre solamente por la fe, que así se camina con seguridad.*

CAPITULO VIII.

De su firme esperanza.

La esperanza cristiana es un deseo de los bienes eternos, con la confianza de obtenerlos por la gracia de Dios y los merecimientos de Jesucristo. Debémos esperar en Dios, porque él es nuestro bien, nuestro fin, nuestra bienaventuranza y felicidad eterna. Está lleno de misericordia y de bondad; ha prometido su socorro y ausilio á los que en él confian; y es

fiel en sus promesas; fundamento en que estriba nuestra esperanza. Esperar, pues, en Dios, y desear poseer el bien soberano, es desear la perfecta justicia, la perfecta caridad, la perfecta sumision á las órdenes de Dios, el perfecto olvido y abatimiento de sí mismo, y que venga á nosotros su santo reino; lo que conseguirémos viéndolo y amándolo perfectamente en la gloria. Por estos deseos somos ciudadanos de la celestial Jerusalén, nos encaminamos á otra pátria muy distinta de la del mundo, el cual es solo un destierro y valle de lágrimas, y colocámos nuestro fin, no en las cosas terrenas y transitorias, sino en las celestiales y permanentes. De aquí es, que todos los cristianos tienen una obligacion indispensable de gemir, y de reputarse por miserables en esta tierra; porque quien está en ella contento, y quien halla en ella alegria y su reposo, no entrará jamás en el cielo. No tendrá parte en la felicidad de la otra vida, dice San Agustin, quien no se tiene por infeliz en esta.

Bien podémos decir que toda la de *Sor María Josefa*, fué una vida de suspiros y deseos encaminados á la pátria celestial, dirigidos á la perfecta posesion de su divino Esposo, en quien tenia colocada toda su esperanza. Gemia por verse apartada de su Dios y de la ciudad santa de Sion. Se contemplaba frecuentemente como una hija distante de sus padres, como una esposa, privada de la presencia de su esposo; y el amor la instimulaba é inflama-